

EL PADRE HURTADO: LOS CIMIENTOS DE UN SANTO

por Padre Fernando Karadima, Chile

Agradezco mucho la oportunidad de escribir estas breves palabras, acerca del Padre Hurtado, como testimonio de lo que yo mismo pude ver. Haber conocido un santo no es un mérito mío, es un regalo que el Señor gratuitamente me concedió, y por ello me siento con el deber de transmitirlo.

Se ha hablado mucho, y con razón, de las obras del Padre Hurtado: hasta el día de hoy muchos se admiran de la fecundidad de sus obras, que siguen dando grandes frutos para la Iglesia y para nuestra Patria. Pero creo que no se ha destacado suficientemente el fundamento de estas obras. Así como, ante un gran edificio, nadie se admira de sus cimientos, pero bien sabemos que un edificio alto no se sostiene si no tiene profundos cimientos, así también sucede con el Padre Hurtado: se alaba las obras que se ven, pero pocos se detienen a pensar en los cimientos de estas obras. Por ello, siento el deber de transmitir este fundamento, porque el Señor me concedió la gracia de haber conocido de cerca a un santo; de haber podido conversar con él a solas; de hacerle preguntas y escuchar sus respuestas; de haberlo acompañado a visitar a los pobres, a animar a los presos, a recoger a los niños que vivían en la calle; de haber participado en las reuniones pequeñas de los sábados; de haberlo escuchado hablar en grandes asambleas y predicar los domingos en la mañana en San Ignacio; de ser testigo de su oración y de su amor a María Santísima y, sobre todo, de haberle podido abrir mi corazón para recibir una luz clara que hasta hoy sigue orientando mi vida sacerdotal.

Cuando conocí al Padre Hurtado, pude inmediatamente comprobar que era un hombre santo. Yo

tenía unos 17 años, y después de haberle rezado a la Virgen Santísima en la Gruta de Lourdes, para que el Señor me iluminara sobre mi vida y mi vocación, partí al Colegio San Ignacio y pedí hablar con el P. Hurtado, aún sin conocerlo, pues había oído hablar de él. Cuando llegué, pregunté por él, y el hermano portero me dijo que el Padre Hurtado era muy ocupado, pero que, de todos modos, lo esperara. Me quedé rezando el Rosario. Cuando llegó, me lo indicaron y me acerqué a él, le toqué el hombro, se dio vuelta y me recibió con una gran sonrisa. Le dije: 'Padre, quisiera hablar con Usted' ... Él me miró y me preguntó: '¿Dispones de unos 20 minutos?' , luego me tomó del brazo y me llevó a la Capilla, me dejó arrodillado frente al Sagrario, y me dijo: 'Conversa con Jesús, vas a salir ganando' ... Me quedé rezando en la Capilla, un poco sorprendido. Después de un buen rato volvió, y me preguntó: '¿Qué te dijo Jesús?' , tomó su agenda y me dio una hora para conversar.

Con ese primer encuentro, quedé convencido de que era un santo, y así se lo comenté esa misma tarde a mi mamá. Esa convicción me ha acompañado toda mi vida. Había comprobado en la práctica lo mismo que él escribió en uno de sus libros: «La base de toda la educación sobrenatural es infundir en los jóvenes el amor a Jesucristo. El que ha mirado profundamente una vez siquiera los ojos de Jesús, no lo olvidará jamás» (Puntos de Educación , cap. XX).

Su modo de atraer a la juventud no estaba basado en meras estrategias humanas; lo que él buscaba era poner a los jóvenes en contacto directo con Jesucristo. Era un hombre de Dios, un hombre de una profunda vida de oración, de un inmenso amor a María Santísima y, precisamente por eso, un hombre de un heroico amor a los demás. Y su capacidad de ver a Cristo en todos, en especial en los más pobres, lo llevaba a entregarse sin límites, sin importar la hora, el sueño o el cansancio. Sus largas horas de oración frente al Sagrario lo impulsaban a servir a los que más sufren.

La fecundidad del Padre Hurtado se explica porque era un santo, vivió su vida de una manera sobrenatural. La grandeza de sus obras no se explica sólo por sus cualidades humanas, que eran muchas. Los grandes frutos de su apostolado se deben a su estrecha unión con Cristo. Cuando subíamos a su camioneta, me decía: '¿Echamos bencina?', eso quería decir que rezáramos el Rosario, puesto que para el cristiano, la oración es como el combustible para la vida. Cada reunión comenzaba con la oración, y antes de salir en las noches a las calles, a buscar a los niños vagos, para llevarlos al Hogar de Cristo, pasaba un rato largo en oración, con los jóvenes que lo acompañábamos. Había que prepararse para visitar a Cristo en la persona del pobre. Las salidas a la calle no podían ser como un paseo, ni podían estar motivadas por la curiosidad; la visita a Jesús debía estar preparada por la oración.

Su predicación estaba centrada en la búsqueda de la santidad. Cuando hablaba, ya sea en los retiros, en las reuniones, en la prédica de la misa, siempre insistía en que debíamos aspirar a la santidad. Veía el mundo a la luz de la fe y a la luz de la eternidad. Cuando hablaba de la vida eterna impresionaba muchísimo, hablaba del cielo con una naturalidad que conmovía. Ciertamente su propia vida de entrega tan heroica, estaba cimentada en esta fe profunda en la vida eterna.

Cuando el Padre Hurtado ya se sentía mal, debido a su enfermedad, por obediencia a sus superiores, dejó el trabajo y pasó algunos meses en Valparaíso y en la Casa de los Jesuitas en Calera de Tango; pasé un día entero en una visita que le hice en la casa de Calera. En esa ocasión, lo vi muy demacrado y cansado, y durante la larga conversación que sostuve con él, me habló alegremente y con un gran optimismo sobre el peregrinar a la eternidad y cómo esta vida nos había sido dada para buscar a Dios, la muerte para encontrarlo y la eternidad para poseerlo. Mi impresión fue que soportaba una enfermedad grave, con paciencia heroica, sin quejarse y con gran alegría. Cuando yo le dije que lo veía muy pálido y que debía des-

cansar, él me contestó sonriendo: 'tendremos mucho tiempo para descansar' .

Era muy simpático. A uno le agradaba estar con él, era acogedor, escuchaba a todos con mucho interés. Nunca hablaba de él mismo, y cuando alguien comenzaba a alabar alguna de sus obras o predicaciones, con mucha naturalidad, cambiaba de tema, sin hacer que nadie se sintiera mal; pero los que lo conocíamos nos dábamos cuenta lo que estaba haciendo. Frente a las injustas críticas que se le hicieron en relación con su cargo en la Acción Católica, resplandeció su fortaleza heroica, pues nunca lo vimos hablar mal de nadie.

Finalmente, no puedo omitir mi último encuentro con él, algunas horas antes de su muerte en el Hospital Clínico de la Universidad Católica. El día antes de su muerte, fui a visitar al Padre Hurtado. Al verme, le pidió a la enfermera que nos dejara un momento a solas. Luego, me miró y me dijo: 'Pronto se descorrerá el velo y podré ver al Patrón y a la Patroncita', es decir, al Señor y a la Virgen Santísima. Y me preguntó con una naturalidad impresionante: '¿Quieres mandarles algún recado?'. Yo me arrodillé, llorando por la emoción, tomé sus manos y le pedí tres cosas, de las cuales ya se cumplieron dos, y confío en que la tercera también se cumplirá. Él me miró, y me dijo: 'Llegando se lo diré'. Estas fueron las últimas palabras que le escuché al querido Padre Alberto Hurtado. Con razón Mons. Manuel Larraín, en la oración fúnebre, dijo que la vida de Alberto Hurtado había sido 'una visita de Dios a nuestra Patria' .